

Apenas con el bárbaro se junta,
Cuando, encogido el brazo y la cuchilla,
La encaminó derecha á la tetilla,
Por donde al corazón entró la punta;
Mostróse luego allí la faz difunta,
Turbada, oscura, triste y amarilla,
Y en un instante el ánima de Terpo
Al báratro bajó dejando el cuerpo.

De largo á largo el réprobo se tiende,
Haciendo retemblar la firme tierra,
Y el animoso Andrés de Salvatierra
De su caballo subito desciende;
Do mientras mas de gana se contiene
Y mas el duro son de Marte atierra,
Llegado adonde el buen amigo yace,
A todo lo que debe satisface.

El íntimo gurguz le saca fuera,
Y casi no pudiendo levantallo,
Lo sube apenas vivo en el caballo,
Poniéndole los pies en la estribera;
Tras esto salta al suyo que le espera,
Y puesto en gran peligro por sacallo,
Lo deja fuera dél, tomando luego
Adonde se abrasaba todo en fuego.

Entróse á la batalla tan sangrienta,
Y ya por ambas partes tan reñida,
Que está la muerte a costa de la vida,
Pomposa, levantada y opulenta;
Alcanza muchas ánimas de cuenta,
Metiendo por la espesa mies crecida
Su cortadora hoz, que no perdona,
Y aprieta los manojos amontona.

Agrega tantos pues la cruda Parca
De las espigas bárbaras que siega,
Que cuando á Flegeton cargada llega,
Apenas el barquero las embarca;
Y como tan cargada va la barca,
En Lete la mayor parte se aniega;
Adonde, siendo tanta su hondura,
No es mucho que los deje mi escritura.

Mas no se olvidará de Chilcomaro,
A manos de Ramon de un golpe muerto,
Y menos de Quipalco en dos abierto
Con otro de Miranda sin reparo;
Ni del feroz Pucheo ni Paylataro,
Que el capitán Quiroga, en todo experto,
Les hizo vomitar por dos heridas
Dos almas, dos alientos y dos vidas.

Pacheco, Santillan, Osorio, Bravo,
Riveros y don Pedro de Lovera,
Cortés, Reinoso, Barrios y Barrera
Llevaban el osado intento al cabo;
Valdivia y don Martín por otro cabo
Un escuadrón retiran de manera,
Que al próximo pantano se recoge
Adonde no hay caballo que lo enoje.

El resto derramado se distrae
Con apariencia clara de vencido,
Que siendo por España conocido,
A los postreros términos lo trae;
Hasta que ya en la errada cuenta cae,
Siguiendo lo que esotras han seguido,
Y haciéndose en las negras aguas fuerte,
Que ya en color de púrpura convierte.

Allí si algun caballo entrar pretende,
Atasca por lo menos hasta el pecho,
Hallándose al salir en duro estrecho,
Porque del cieno apenas se desprende;
Allí sin daño el bárbaro le ofende,
Y él se fatiga y cansa sin provecho,
Al fin allí se hiciera el juego maña,
Si allí no usaran della los de España.

Do visto que las aguas los destruyen
Y presumir entrar allá es en vano,
Para sacar los indios á lo llano
Dan muestra cautelosa de que huyen;
Pues ellos que á flaqueza lo atribuyen,
Arrancan luego juntos del pantano,
Saliendo como perros de su casa
Si ven que huye dellos el que pasa.

El que agua arriba siempre forcejando
Apenas con el pecho va delante,
Si vuelve las espaldas, al instante
Lo lleva el curso rápido rebañó;
Así los españoles en quitando
Del enemigo y ciénaga el semblante,
Abajan lo subido raudamente
Llevados de la bárbara corriente.

La cual con tanta furia da tras ellos,
Habiéndoles el ánimo crecido,
Que ya se ve el cristiano arrepentido
De haber así burlándose con ellos;
Ya desde aquí de veras huye dellos
El que hasta aquí de burlas ha huido,
Y ya de fuerza corre por el prado
Quien comenzó á correlle de su grado.

Quisiera bien al ímpetu oponerse,
Mas el temor le lleva á su despecho,
Como el que se arrojó por un repecho,
Que ya no es en su mano detenerse;
Ni en esta es ya dejar de suspenderse;
Así porque le queda largo trecho,
Como porque la mano, puma y canto
No bastan para piés que corren tanto.

CANTO XI.

Signen los nuestros la retirada y los indios el alcance, hasta que, llegados á entrar casi por el campo, mediante el orden y presteza del señor Gobernador, son resistidos; y revolviendo sobre ellos, que iban derramados, los hace recoger en la ciénaga, donde la arebucería con el principio de la noche da fin á la batalla, dejando los mas desbaratados y muertos. Señálanse en esta pelea algunos particulares de los caballeros españoles con los mas bravos de los araucanos.

Jamás ha de tener temor cabida
Ni puerta para entrar al pecho humano,
Que siempre es á la entrada chico enano,
Y altísimo jayan á la salida;
Su condicion tan solo es atrevida
En si le dais el pié tomar la mano,
De suerte que despues no está en la vuestra
Dejarle de seguir por donde os muestra.

Ni en burlas parezcáis al temeroso,
Pues nunca fué seguro parecerlo,
Así como jamás dejó de serlo
El parecer valiente y animoso;
Y si estuviere el sello en ser medroso,
Tened aviso grande en conocerlo,
Que suele disfrazarse el miedo helado
Alguna vez con máscara de osado.

No digo yo que fuese mal intento
Querer así burlar al enemigo,
Mas en las burlas, aun con el amigo,
Han menester los hombres ir con tiento;
Y deja bien probado el argumento
Lo que de nuestra gente arriba digo,
Donde, por dar al miedo puertas francas,
Trocó lugar el pecho con las ancas.

Quisieron, sin saber de burlas nada,
Prestar consentimiento á las primeras,
Juzgándolas entonces por ligeras,
De donde vino á serles tan pesada;
Porque, si no es la burla moderada,
Es llano que de burla salta en veras,
Como lo muestra bien la referida,
Adonde no iba menos que la vida.

Mas como ya el temor habia crecido,
Llevándolos sin orden por el prado,
Dábales priesa el bárbaro alentado,
Colérico, feroz, embravecido;
Porque de ver que el ánimo han perdido,
El suyo largamente se ha ganado,
Tomando de la ajena cobardía,
Avilantez, orgullo y osadía.

Huyendo van los nuestros por su daño
De la pesada mano y pié ligero
Como del enemigo carnicero,
Sin su pastor, el tímido rebañó;
Aprieta juegan todos de calcaño
Batiéndolos con todo el cuerpo entero,
Segun sus alas bate la paloma
Si ve que el gavilan transido asoma.

De tanto golpearse van quebrados
Ljares, piés, estómagos, arzones,
Y cual si no tuvieran corazones,
Robada la color y despulsados;
Porque los pulsos todos derramados,
Se juntan de temor en los talones,
Haciéndolos pulsar con mas presura
Que el pulso de la recia calentura.

Pero por mas aprieta que los batan,
Con mucha mas los indios atrevidos
Alzando fieras voces y alaridos
Los corren, los aquejan, los maltratan;
Innumerables golpes malbaratan,
Que al aire y á la tierra van perdidos,
Mas el que bien aciertan es tan caro,
Que no padece contra de reparo.

Millones de palabras afrentosas,
Injurias, vituperios, perrierias,
Envueltas en agudas ironias,
Despiden por sus lenguas venenosas:
«Volved acá esas manos hazasiosas,
Que para agora son las valentias;
Tened, tened un poco la carrera,
Que nadie os llevará la delantera.

«Tan poca estima haceis de vuestra gloria?
Triunfos tantos, lauros y guirnaldas
Tan presto las echais á las espaldas
Manchando, por la vida, su memoria?
Mirad que se os derrama la victoria,
Volved á recogerla en esas faldas;
Parad y no temáis nuestros poderes,
Que nunca hicimos daño á las mujeres.»

Aquel enorme y duro Galbarino,
Mas raudó y encendido que una hala,
Les va gritando: «Tente, hala, hala,
A ver si te valdrá el poder divino.»
«Por dónde vais? que es largo ese camino,
Les dice el orgulloso Cadeguala;
Hermanos por acá, que á ser hermanos,
En vez de piés usarades de manos.»

Así diciendo, el bárbaro se arroja,
Y asido de un caballo por la pierna,
Casi le descoyunta y desgobernada
Doblando al triste dueño la congaja;
Mas no pudiendo mas, la deja coja,
Y como si la cola fuera tierra,
Estira della el Indio con un brazo
Tan recio, que le arranca todo el mazo.

Velo rabioso y muérdese la mano,
Mordiéndolo juntamente de las cerdas,
Y dicese frenético: «Así muerdas
El corazón infame del cristiano.»
Con esto las entrega al aire vano,
Diciéndole: «Tén cuenta y no las pierdas,
Que tantas como son, serán las vidas
Por estas crudas manos fenecidas.»

Sin mas decir, esquiva de la yerba
Su voladora planta el Indio fiero,
Siguiendo á nuestra gente el delantero
Con furia mas que rabida y proterva;
No menos va la bárbara caterva,
Juzgándose por mísero el postrero,
Bien como los vaqueros tras las vacas,
Alzando mil confusas alharacas.

Con tal tesón, tal ímpetu y denuedo
Los contumaces bárbaros seguan,
Que ya los pocos nuestros no se vian
De la tisera de Atropos un dedo;
Hasta que al fin, llevados por el miedo,
Al campo, en breve término, volvian,
De donde, con vergüenza de su gente,
Hicieron rostro al pérfido insolente.

Cual galgo que de muchos perseguido
Por una y otra calle huyendo pasa,
En viéndose en la puerta de su casa,
Suele cobrar el ánimo perdido;
Y allí del miedo torpe sacudido,
Revuelve contra todos, vuelto en brasa,
Mostrándoles colmillos regañados,
En vengativa cólera amolados;

Así volvió rabiando nuestra gente,
Y ardiéndose en coraje de corrida
Por verse de los bárbaros corrida,
A vista de su ejército potente;
El cual, como el contrario ve de frente
Entrárase con furia desmedida,
Movió su fuerza toda á recibillo,
Habiéndolo mandado su candillo.

Mas el furor y estrépito era tanto
Con que el poder increíble venia,
Que salvo en el valor de don Garcia,
En otros cualesquier causara espanto;
Estuvo por los suyos puesto á canto
De peligrar su crédito aquel día,
Por solo haber tenido tal desorden,
A no le hallar los bárbaros en orden.

Si el que le les dió guardaran los cincuenta,
Conforme le llevó Ramon, preciso
Para reconocer y dar aviso,
No los pusiera el Indio en tal afrenta;
Mas como por su mal erró la cuenta,
Y luego acometer sin orden quiso,
Volvió forzosamente, cual figuro,
Poniendo en contingencia lo seguro.

Aunque salió tan bien el desconcierto,
Que vino á ser en parte necesario,
Para que, derramándose el contrario,
Fuese mejor vencido en campo abierto;
Sacó fortuna aquí del yerro acierto,
Porque esta no tan solo de ordinario
Humilia á don Hurtado la cabeza,
Mas lo que va torcido le endereza.

Movióse pues, cual dije, con su gento
A resistir la bárbara violencia,
Y fué con tal valor la resistencia,
Que el pérfido bajó la altiva frente;
Porque retrujo luego la corriente,
Topando con la hispánica potencia,
Y á no regilla el brazo mendocino,
Tambien se le llevara de camino.

Como las ondas tímidas que vienen
Sus vientres mas que hidrópicos alzando,
Y al trono celestial amenazando,
En dando con las peñas se detienen;
Y como allí les hacen que se enfrenen,
En su dureza el ímpetu quebrando,
Se ven así quebrar las judas olas
Llegadas á las peñas españolas.

Mas bien como esas ondas no pudiendo
Romper por las barreras peñascosas,
Reventan de coraje y espumosas
Están, aun siendo frigiditas, hirviendo;
Así los enemigos no rompiendo
Las contrapuestas armas poderosas,
Comienzan á hervir con nueva rabia
Subiendo ya su cólera á la gavia.

Revnélvense los campos en un punto,
El poderoso Arauco y fuerte España,
Cuya mezclada sangre al suelo baña,
Nadando en ella el vivo y el difunto;
El humo, el fuego, el polvo, todo junto,
Al sol, al cielo, al aire, á la campaña
Ofusca, ciega, turba y escurece,
Y el mar de tanto golpe se ensordece.

Por todo el escuadrón á toda priesa
Con sus falcadas ruedas hiende y parte
El fiero belicoso y crudo Marte,
Alzando polvorosa nube espesa;
Y todo en sangre tinto se atraviesa,
Haciendo que por una y otra parte
Crezca la furia y cólera en los pechos,
Las iras, los furoros y despechos.

La furibunda y bélica Belona,
En carro ardiente rápido y ligero,
Y de lucientes láminas de acero
Armada su fortísima persona,
Con la sangrienta lanza no perdona
La malla, el escapil ni doble cuero;
Airada va la Némesis con ella,
Que contra el mas soberbio se descuella.

En medio destas dos, vibrando el asta,
Con el aspecto duro y denotado,
Se representa el joven don Hurtado,
Mostrando á todos bien que solo basta;
No tresdobla piel ni fina pasta
Es parte á resistir su golpe airado,
Pues cuando se le pone alguno á tiro,
Le hace dar el último suspiro.

Encuentra con el réprobo Chilcote,
Que velle blasfemando le provoca
A le ensartar el asta por la boca,
En pena de su culpa y justo azote;
De allí la saca recto y de otro bote,
A Chaco, que soberbio al mundo apoca,
Le esconde el rojo hierro en el costado
Tendiéndole sin alma sobre el prado.

Desnuda luego en alto la cuchilla,
Y por la espesa hueste abriendo plaza,
Desmiembra, descoyunta, despedaza,
Cercena, corta, rompe y acrebilla;
Con lengua y mano exhorta á su cuadrilla,
Incita, mueve, rige, ordena y traza,
Y tanto menos cólera se ciega
Cuanto se mete mas en la refriega.

Con tal ferocidad embiste y parte
Don Luis, aquel famoso de Toledo,
Que el pecho do infundiere poco miedo
Ha de tener infuso dentro á Marte;
Aguayo y Juan Ramon por otra parte
Aplacan bien el bárbaro denuedo,
Poniendo cada cual con brazo fuerte
Mil vidas en los brazos de la muerte.

Don Pedro, aquel Nestor de tuengos años,
Habiendo ya llegado á la postrera,
Como en la juvenil edad primera,
Los golpes que descarga son extraños;
Asómense intestinos y redanos,
Por donde va la espada carnícera
Del capitán Rengio y la de Ulloa,
Dignos de mucho mas que desta loa.

No menos del ejército araucano
Se dan á conocer en daño nuestro
Lincoya y Millanturo, mozo diestro,
Que nunca descargó la maza en vano;
El duro Galbarin, de rabia insano,
La clava juega á diestro y á siniestro,
Mas fiero que la vibora pisada
Y que mujer por celos enojada.

Haciendo mil volcanes de la vista
Y tósig mortal del cuerpo y cara,
Se mete por los nuestros Tulcomara,
Sin que tan presto alguno le resista;
No hay hombre ni caballo que no embista,
Ni cosa que le oponga lo repara:
Por todo rompe y va desafortado
De morir ó vencer determinado.

Mancon y Rengo siguen al Sargento,
Entrándose tras él por nuestro bando,
Y parte del hiriendo y maltratando
Con un furor indomito y violento;
Caballo que les pone impedimento,
Ninguno se va dellos alabando,
Pues por armado y rápido que venga,
Mancon lo manca y Rengo lo derrenga.

El alto don Felipe, que los mira
Y vuelve á sus pasados la memoria,
Ganoso de apoyar aquella gloria
Solo contra los dos derecho tira;
Alzó Mancon la maza envuelta en ira,
Contando ya por suya la victoria,
Mas hizo errar la cuenta y golpe fiero
El Español destrisimo y ligero.

Un salto da al través el suelto infante,
Y el ponderoso leño viene á tierra,
Adonde mas del miedo se sotierra,
Embarazando al bárbaro arrogante;
Mas antes que furioso lo levante
El Español con él aguija y cierra,
La pica en ambos puños apretada
Y al enemigo vientre encaminada.

Rengo, que ve venir el bote fiero,
Le impide su camino con la maza,
Que el duro fresno quiebra y despedaza,
Sacando del peligro al compañero;
Y luego mas que un pájaro ligero
Se arroja cudicioso tras la caza,
Enderezando un golpe temerario
A las herradas sienés del contrario.

Mas tuvo don Felipe tal ventura,
Por lo que tiene al fin de don Garcia,
Que cuando Rengo el brazo decendia,
Bajaba ya Mancon su mano dura;
Y como cada cual por sí procura
Hacer un mismo efecto y una via,
Por dar Mancon el golpe al enemigo
Le da sobre la clava del amigo.

Sobre la cual, cruzado el duro leño,
Hace probar su furia al verde llano,
Y librase de entrambos el cristiano,
Que deshiciera un monte el mas pequeño;
¡Oh qué saúdo rostro y bravo ceño
Volvió por esto Rengo al Araucano!
Diciendo: «¿Qué se espera de nosotros,
Si ya nos impedimos unos á otros?»

«Pues aunque pese al cielo y á la tierra
Y pese al ancho mar y al hondo abismo
Yo solo contra todo el cristianismo
Sustentaré la maza en cruda guerra;
Y á toda la infernal canalla perra,
Y al mismo Eponamon, si viene él mismo,
Haré, si me lo estorba, entre estos brazos
Mil piezas, mil añicos, mil pedazos.»

En tanto el Español su espada fuera,
Y de la tierra alzando un roto escudo,
Contra Mancon levanta el filo agudo,
Enviándole derecho á la mollera;
Sobre la maza el bárbaro lo espera,
Mas tanto el vigoroso brazo pudo,
Que el golpe sin haber cortado el leño
En tierra sin sentido puso al dueño.

Al estallido, Rengo se rodea,
Y viendo al compañero derribado,
Revuelve á don Felipe de Hurtado,
Con término de darle á la pelea;
Cogiéndole por bien que se ladea,
Con la crugente clava el diestro lado,
A cuyo son, por poco que le alcanza,
Entrambos piés hicieron su mudanza.

Bajara el fiero golpe á la cabeza,
Si menos ella dél se desviara,
Y el casco con los hombros igualara,
Echando por su parte cada pieza;
Sentido el caballero se endereza,
Y del segundo golpe se repara,
Metiéndose debajo del escudo
Y cerca del contrario lo que pudo.

Guardóle el aguardar con tal postura,
A causa de que dió la dura maza
Abajo del codillo media braza,
Que es casi con la misma empuñadura;
Mas alcanzó á romper del armadura
Con parte del escudo y la coraza,
Dejándole del golpe estremecido,
Cual roble por el viento sacudido.

Corvó el erguido cuello y la rodilla
Por merecer el golpe tal crianza,
Mas presto se endereza á la venganza,
Tendiendo el cuerpo, el brazo y la cuchilla;
Y á Rengo que esperaba á rebatilla
Le engaña su reparo y esperanza,
Porque con ademan de darle un tajo,
Le hierde de una punta mas abajo.

Por el derecho lado entró la espada,
Sacando un grueso caño á la salida,
De sangre mas en cólera encendida
Que del color nativo acompañada;
Mas fué tan al soslayo la estocada,
Que no sacó del bárbaro la vida,
El cual á la sazón está de suerte,
Que tiene del temor la misma muerte.

Sobre las puntas últimas se empina,
La temerosa clava levantando,
Y viene con tal furia descargando,
Que el aire solo á muchos desatina;
A la cabeza el ludio la encamina,
Mas don Felipe, el cuerpo desviando,
Remite el duro golpe al suelo duro,
Cuya respuesta dió en el reino oscuro.

No pierde la ocasion el batizado,
Mas viendo al fiero bárbaro impedido,
Se tiende con el diestro pié metido,
Tirándole un revés desatinado;
Llévrale con él sin duda un lado,
Si Rengo con un salto desmedido,
De la corriente espada no huera,
Salvando quince piés de la ribera.

El Español, hiriendo al aire vano,
Volvió por ver al Indio donde estaba,
Que ya tornado en aspide tornaba
La maza y muerte en una y otra mano;
Cuando Mancon del verde y rojo llano
Su derribado cuerpo levantaba,
No tanto en su hestial sentido vuelto
Cuanto en furor y viva saña envuelto.

Levanta su baston nudoso en alto,
Y contra don Felipe salta presto,
Que como está con Rengo no esta en esto,
Ni al enemigo ve ni siente el salto;
Por donde le pusiera el nuevo asalto
Quizá do no quisiera verse puesto,
A no venir Bernal por esta parte
Haciendo de la suya lo que Marte.

Al punto pues que el bárbaro furioso
Llegaba á secutar el golpe esquivo,
Emparejo Bernal, trasunto al vivo
De aquel Bernardo célebre y famoso;
Y visto el duro trance peligroso,
A su caballo arrima pié y estribo,
Bajando el asta y brazo firme al pecho,
Al de Mancon increíble derecho.

Tan súbito el católico arremete,
Y el Indio va de cólera tan ciego
Con el armado lance de su juego,
Que por la lanza el mismo se le mete;
Falso la punta al duro coselete,
Que no le falsaría el mismo fuego,
Y entrando por los pechos impelida,
Salió por las espaldas con la vida.

Quedó Mancon tan fiero y espantable,
Tan bravo, tan feroz y tan saúdo,
Que con estar de espíritu desnudo,
Estaba al parecer incontrastable;
Tras cuya negra faz abominable,
El cuerpo laso, indomito y membrudo
Cayó sin alma en tierra del encuentro,
Y el ánima sin cuerpo mas adentro.

Mas no se fué Bernal sin pago desto,
Porque le dió tal golpe el brazo fuerte
Con la vascosa rabia de la muerte,
Que casi le dejó en sus manos puesto;
Pues mal su grado en éxtasis traspuesto,
Por tres ó cuatro partes sangre vierte,
Dejando sin acuerdo larga pieza
Torcida sobre el pecho la cabeza.

Llévóle su caballo así dormido
Sin que le despertase tanto estruendo,
Hasta que ya los párpados abriendo,
Echó de ver en sí lo sucedido;
Y mas por ser de un bárbaro sentido
Que el fiero golpe rústico sintiendo,
Revuelve á señalarse en la batalla
Haciendo su blason de cuanto halla.

A Rengo y don Felipe de Mendoza
Un punto en su combate no les vaga,
Porque si presta el uno, el otro paga,
Y si este despedaza, aquel destroza;
Hierva el furor, la cólera reboza,
Y el encendido fuego no se apaga,
La corajosa fiebre no declina,
Ni la fortuna lubrica se inclina.

Con fuerza, con teson, con arte y maña
Se aguardan, se reciben y se tientan,
Se hieren, se quebrantan, se atormentan,
Creciendo mas y mas su cruda saña;
Anégase en la sangre la campaña
Que los sensibles órganos revientan,
Y del espeso huelgo el aire vano
Está para tomarse con la mano.

Bien es verdad que el Indio ya gastaba
De sus hinchadas venas el tesoro,
Y pródigo tambien por cada poro
Sudor caliente y grueso derramaba;
Mas no por esto minima bajaba
Del entonado punto en su decoro,
Antes por ir subiéndole mas alto,
Estaba á la sazón de aliento falto.

Pues como el enemigo así le siente,
No porque menos bravo el golpe tira,
Sino porque pesado se retira,
Procura darle priesa mas ardiente;
Con que tornado Rengo una serpiente
Y del cabello al pié deshecho en ira,
No solo el brazo válido no dobla,
Mas golpes, fuerza y ánimo redobla.

Con todo lo pasara no sé cómo,
A no venir Purén á socorrello,
Y el valeroso joven Ormpello
Con un baston pesado mas que el plomo,
Para que el Español abaje el lomo;
Mas hallanle tan lejos de hacedo,
Que á recebillos va determinado
Y el cerro mas que nunca levantado.

En esto Pedro Dolmos de Aguilera,
Don Pablo de Espinosa y Diego Cano,
Cubriendo de cadáveres el llano
Por este lado tuercen la carrera;
Al tiempo que el valiente mozo espera
Alegre, contentisimo y ufano,
La suerte venturosa que le sale
Para mostrar al mundo lo que vale.

Pesóle de que en blanco le saliese,
Saliendo los que digo á la parada,
Por entender que al filo de su espada
Quitaban la mitad del interese;
Mas presto ve ser yerro que le pese,
Porque la mano perdida y pesada
A su pesar le carga de manera,
Que dalle alguno el pesame pudiera.

Principiase el horrisono combate,
Soplando el helicoso vivo fuego,
Y entáblase tan bien el duro juego,
Que lleva cada cual seguro el mate;
Mas esles ocasion de que se empate
Llegar un gran tropel de gente luego,
Que el ajedrez armado desbarata,
Y los trebejos barbaros maltrata.

Bien se desquita desto Cadeguala,
Que con macana rústica y maciza,
Amaina presto al brazo que mas iza,
Y al que es mas señalado le señala;
Con esta quiebra, hiende, barre y tala,
En hombres y caballos hace riza,
Pues nunca la levanta para el cielo
Sin que derribe alguno por el suelo.

Entre ellos va el infiel con saña esquivada,
Sin perdonar su cólera á ninguno,
Y al buen Rodrigo Palos le da uno,
Con que molido en tierra lo derriba;
A Pacho y Peranton del seso priva,
A Sancho de Esquivel no deja ayuno,
Porque tambien probó su dura mano,
Y aun vino dando dellas á lo llano.

Encuentra con el misero Tiruca,
Amigo, natural del fértil Guasco (36),
Y asíentale tal golpe sobre el casco,
Que envuelto con los sesos lo machuca;
A Pilmaiquen sin ánima trabuca,
Y á Levocan, mas fuerte que un peñasco,
Lo estrella de otro golpe, y de otro á Guerro
Le desfigura y muele todo el cuerpo.

Al descargar la maza sobre Guebra,
Ligero se hurtó del golpe insano,
Y como con tal impetu da en vano,
Por tres ó cuatro partes se le quiebra;
¿Qué vibora, qué sierpe ni culebra
Se puede comparar al Araucano?
Que quemar parece al cielo con miralle,
Y helársele de miedo todo el valle.

Luego la amiga turba congregada,
Por ver que está sin arma el Indio fiero,
Con ansias de le hacer su prisionero,
Lo embiste de temor asegurada;
Mas él entonces da tan gran puñada
En medio de las sienes al primero,
Que cual si fuera el casco de manteca,
Le sume dentro el puño y la muñeca.

Tras esto en el estómago de Guento
Tal coz embiste el pié del Indio crudo,
Que puesto en la garganta un grueso rudo,
Dejó cerrado el paso del aliento;
Al punto los demás con escarmiento
Se apartan del y déjanlo sañudo,
Brotando por los ojos mas que fuegos
Y desquiciando al cielo con reniegos.

Airado Julian de Valenzuela
De ver en los amigos tal matanza,
Enristra contra el bárbaro su lanza,
Jugando al mismo tiempo de la espuela;
Por la cerrada gente rauda cuebra,
Y al crudo infiel colérico se lanza,
Que espera exento, firme y temerario
Al temeroso encuentro del contrario.

El cual caballo y asta junto envía
Al desarmado y áspero guerrero,
Mas él audaz, que sabe ser ligero,
De todo con un salto se desvía;
Con otro y con diabólica osadía,
Después de haber pasado el bote fiero,
Cual gato al enemigo se abalanza,
Echándole las presas á la lanza.

Y aunque la tiene bien la recia mano,
Mas fácil que una mal asida estaca,
De los cerrados puños se la saca,
Y contra su señor la vibra ufano;
El cual se aparta un poco á poner mano
Y vale dando el bárbaro matraeca,
Creyendo que de flaco no le espera,
Mas vele revolver la espada fuera.

Trabárase batalla tan reñida,
Que fuera bien de ver á costa dellos,
A causa de que son de erguidos cuellos
Y poco estimadores de la vida;
Mas fué la furia de ambos impedida,
Llevándolos de allí por los cabellos
Un bárbaro escuadron sobresaliente,
Con otros diez ó mas de nuestra gente.

Quedó con tal vergüenza y corrimiento
Por la perdida lanza el fiero Hispano,
Que de cobralla él mismo por su mano
Hace mirando al cielo juramento;
No puede verse agora el cumplimiento,
Mas no es de presumir que jura en vano
Quien tiene ya de atrás en mil contiendas
Tan bien aseguradas estas prendas.

En esto ya la cosa está de modo,
Que en mar bermejo el campo se convierte,
Y tanto dan que hacer aquí á la muerte,
Que dudo si podrá acudir á todo;
Arrolla cuerpos bárbaros á todo,
Sin reservar humilde ni alta suerte,
Y de cortar apriesa tanto hilo
Tiene mellado ya su agudo filo.

Por donde el valeroso don Garcia
Con Juan Ramon, Bastida y Diego Cano,
Quiroga y don Simon el Lusitano
Adelantado á Marte discurre;
El infido escuadron se retraía
A las inmundas aguas del pantano,
Porque para librarse de su fuego
Al agua es menester que acuda luego.

Los otros en la resta van haciendo
Tal riza, tal matanza, tal estrago,
Que ya tambien los van al hondo lago,
Por mas que se detienen, recogiendo;
Mas no por esto dejan de ir siguiendo,
Y porque allí no queden sin su pago,
De los caballos saltan al instante
Entrando por la cienaga adelante.

Donde el plebeyo bando á quien espanta
De la terrible muerte el duro encuentro,
Se mete la laguna mas adentro
Hasta tener el agua á la garganta;
Mas cuando la desdicha se adelanta,
Aunque se meta el hombre allá en el centro
Y en sus cavernas últimas se ahoga,
Allá lo va á buscar y allá lo coge.

Alli la fuerte manga de herrueruelos,
Por Pedro del Castillo gobernada,
Les da tan presturosa rociada,
Que ya no deja el humo ver los cielos;
Y aunque entre el agua esconden frente y pelos,
Al fin para salvarse todo es nada,
Pues bien no se descubre un dedo dellas
Cuando la dura bata está con ellas.

Alli, como á los patos en el agua,
Apunta el arcabuz y el plomo asienta,
Alli con sangre el agua se ensangrienta,
Y el puro humor sanguino allí se agua;
Ya hierve el negro lago vuelto en fragua,
Que la espumosa sangre lo calienta,
Ya el cuerpo en esta cienaga se ahoga,
Y en la de Flegeton el alma boga.

Trasunto es este lago del averno,
Segun está humoso y pestilente,
Y porque tiene en sí calor ardiente
Con el contrario efecto del invierno;
Para que cuando baje al hondo infierno
A profesar tormento eternamente,
El Indio miserable y desdichado
Haya tenido aqui su noviciado.

Por todas partes ya la muerte esquiva
Ha puesto á su vivir mortal atajo,
Agora con el agua por abajo,
Agora con el fuego por arriba;
Mas esta gente indómita y altiva,
Aunque se ve en tan áspero trabajo,
Cercada de contrarios elementos,
No quiere desistir de sus intentos.

Tienen sus almas réprobas sujetas
A dura ostinacion de tal manera,
Que están, con ver la Parca y su tisera,
Diciendo, como dicen, tiseretas;
¿Qué tienen que hacer los masagetas?
¿Qué los caribes fieros? ¿Qué la fiera
Criada en la arenosa Libia ardiente,
Con esta endurecida y cruda gente?

De allí con ver su daño sin remedio,
Ya que dañar no pueden de otro modo,
Trabajan por cerrar á piedra y todo
La puerta de cualquier partido y medio;
Y aun con estar la muerte y agua en medio,
Queriendo algunos ya romper con todo,
Se vienen desalmados á la orilla
Midiendo con su maza la cuchilla.

El uno dellos es el bravo Rengo,
Que tiene por afrenta retirarse,
Y que por ello viene á deslustrarse
Su ilustre sangre, estirpe y abolengo;
Y así con un ramon fúndoso y luengo,
Que pudo por su mano desgajarse,
Empieza á mantener de nuevo guerra,
Ganando por las mismas aguas tierra.

Tan junto vino á estar el Indio della,
Que á la rodilla el agua no le toca,
Y como no es de aquéllos que en la poca
Se enulen ahogar, se va por ella;
Donde con dos, con tres, con mas se estrella,
Haciéndoles pensar que es una roca,
Segun las muchas olas que lo batien
Y lo poquito ó nada que le abaten.

Un golpe descargó de tal manera
Encima del dispuesto Curalongo,
Que le dejó en el cieno como hongo
Con la celada sola y cuello fuera;
Y entrándole á herir en delantera
Hernando, un atrevido negro congo,
Con otro tan redondo lo derriba,
Que ya no da señal de cosa viva.

Un esforzado jóven que se afrenta
De ver pasar así fiera que tanta,
Por el estero arriba se adelanta
A Rengo, que de cólera reventia;
Mas en llegando, el ramo se le asienta
Tan lleno de vigor, que como á planta
Que tiene ya su foso abierto á mano,
Le planta medio cuerpo en el pantano.

No puede tolerar el bravo Andrea
Como de atrás estaba amordazado,
Aunque entendiera entrar con él á nado,
Que el Indio se sustente en la pelea;
Y así en la margen húmida se apea,
Por acabar allí lo comenzado,
Poniendo escudo, espada y mano á punto,
Encaminado á Rengo todo junto.

Es tanto lo que el bárbaro se agrada,
Y tiene desto el alma tan gozosa,
Que con estar en agua cenagosa,
Se baña de contento en la rosada;
Y muéstralo en salille á la parada
Tres pasos de la cienaga lamosa,
Poniéndose en peligro manifiesto,
A trueque de topar con el mas presto.

Encuétranse, y el bárbaro gallardo
Es el primero en dar su golpe fuerte,
Del cual se aparta y libra de la muerte
El de Levante, suelto mas que un pardo;
Y en respondelle fuera menos tarde
Si el rudo leño diera de otra suerte,
Mas dió en el agua, alzado della un golpe,
Que le cerró los párpados de golpe.

Con todo le tiró tal punta á tiento,
Cosiéndole con ella una costilla,
Que si algo mas encarna la cuchilla,
Le priva del vital y dulce aliento;
Por donde tanto crece tu ardimiento,
Oh bárbaro soberbio, en la rencilla,
Que alguno por mirar las manos tuyas,
Olvida lo que tiene entre las suyas.

Con su troncon el Indio se revuelve,
Y acá y allá furioso lo rodea,
Mas con su espada rigida el Andrea
Metiendo puntas entra, sale y vuelve;
El uno y otro en cólera se envuelve,
Y el agua á costa de ambos bermejea,
Mas nadie de su punto punto baja,
Ni se conoce punta de ventaja.

Cual suele combatir el peje-espada
En medio el ancho mar con la ballena,
Donde si con la espada aquel barrera,
Aquellos con la cola da colada,
Y el agua por entrambos alterada,
En desacorde y ronco acento suena,
Mostrando el cano rostro enrojecido
Y el manto azul de púrpura teñido.

Así los dos se avienen en su lago,
Donde si con la espada el nuestro acude,
Con su ramon el bárbaro sacude,
Y aun raras veces da con él en vago
Mas no por esto queda sin su pago,
Porque le hace el italo que sunde,
Y así padecen ambos de tal arte,
Que bien parecen mártires de Marte.

Mas antes que les diese la corona
Llegaron, suspendiendo su fortuna,
Gudines y Juan Alvarez de Luna,
Pedro Cortés, Montiel y Barabona;
Poniendo cada cual por su persona
Sus hechos en el cuerno de la luna,
Mas por subir los suyos sobre Apolo,
Espera á todos seis el Indio solo.

Jamás la tigre en Africa nacida
Al cenagal espeso retirada,
Cuando es por los monteros acosada
Y ve tomado el paso á la guardida,
Sacude tan feroz y embravecida
Al un ventor y al otro manotada,
Como á los seis el bárbaro desnudo,
Al recio revolver del ramo rudo.

Mas dále tanta priesa nuestra gente,
Que viendo lo que puede allí ganarse,
Determinó, guardándolos, guardarse
Para mejor sazon que la presente;
Y sin volver la altiva y dura frente,
Su paso á paso empieza á retirarse,
Entrándose algo mas al hondo cieno,
De lodo, de sudor, de sangre lleno.

Abajo, arriba y dentro del pantano,
Revnuelto ya tambien andaba todo,
Sin limite, sin término, sin modo,
Dañándose á pié quedo y mano á mano;
Con todo lo que hallan á la mano,
A palo, á hierro, á puño, á diente, á lodo,
Después que rompen, batien, muerden, ciegan
Con agua de la cienaga se riegan.

Cuál tumba, cuál impele, cuál arroja,
Cuál entra, cuál se hunde, cuál atasca,
Cuál sale, cuál se impide, cual se enfrasca,
Cuál trava, cuál aprieta, cuál alfoja;
Quien con su propia sangre se remoja,
Y helados cuajarones della masca,
Quien traga espeso lodo, quien la muerte,
Que sobre todos es el trago fuerte.

Bastida, Luis, Cherinos, Hortigosa,
Valdivia, Perogomez, Castañeda,
Riberos, Lira, Cáceres, Cepeda,
Carranza, Payo, Córdoba, Espinosa,
Urbina, Diego Pérez, Hinojosa
Y el noble caballero de Pineda
Han muerto por sus manos tanta gente,
Que sirve ya en la cienaga de puente.

Matienco, Márcos Veas y Murguía,
Pantoja, Santillan y los Verdugos,
Del Indio son tan ásperos verdugos,
Que tienen hecha dél carnicería;
Los fuertes Albarados y Mejía
Des hacen cuerpos grandes en mendrugos;
De Villagran, de Viezmas, de Abendaño
Recibe el enemigo sumo daño.

Vasco Juarez de Avila y Pacheco,
Manrique, Vaca, Zúñiga y Castillo,
Gaspar de la Barrera y Delgadillo
Matando arrastran indios á lo seco;
Jamás el duro golpe dan en hueco
Aranda, Juan de Barrios ni Carrillo,
Pues Peñalosa y Peña, por ser hombres,
En medio de las aguas son sus nombres.

Tambien acá en lo llano se oía
De golpes y caballos gran ruido,
Y era que del ejército esparcido
Alguna gente allí quedado habia;
Que retirarse al lago no queria,
Ni darse, con ser pocos, á partido,
Sino morir primero en la campaña
Que oír cantar victoria por España.

Algunos y los mas gozaron dello
Quedando sin las vidas en el prado,
Y los demás con ellas mal su grado
Rindieron al cordel muñeca y cuello;
Excepto el enemigo de Orompello,
Aquel rebelde crudo y obstinado,
Aquel enorme y duro Galbarino,
Que quiso echar por áspero camino.

Pues este pertinaz, que mas desea
La muerte del contrario que su vida,
Por mas que ve á los suyos de caida,
No pierde su furor en la pelea;
Antes mejor que nunca se rodea
Con la pesada porra descreida,
Tan fiero, espumajoso y emperrado,
Que es cuerdo quien procura dalle lado.

Alcanza con un golpe á Quiracolla,
Y aprénsale los cascos sobre el pecho;
A Lleuto deja manco, á Chul conrecho
Y toda la faicion á Rulco abolla;
Celadas, picas, bárbaros (57) arrolla,
Por todos va llevándolos á hecho,
Sin que repare ó mire quien le hiere,
Que ya morir matando solo quiere.

Mas visto lo que pasa, tres varones
Con el divino autor de la Araucana,
Queriendo refrenar su furia insana,
Batieron contra el Indio los talones;
Y danle tan terribles encuentros,
Que á su pesar el bárbaro se allana,
Poniendo las espaldas con el suelo
Y las curtiduras plantas en el cielo.

Cargaron cudiciosos al momento
De los amigos indios maltratados,
Por verse del incrédulo vengados
Y desquitarse del á su contento;
Mas él se defendió de mas de ciento
A coces, á puñadas y bocados,
Hasta que al fin al número añadido
Difícilmente fué rendido.

En esto esotra gente del pantano,
Que ya sufrir el dano no podia,
Del todo por las aguas se metia
Alzando del combate el pié y la mano;
Y en fin, al bosque lóbrego y cercano
Tomaron por la cienaga la via,
Quedando su pestifera hondura
Hecha de muchos cuerpos sepultura.

No fueron del Católico seguidos,
Por ser lugar tan áspero y fragoso,
Y para entrar por él dificultoso
A causa de los árboles tejidos;
Fuera de que jamás con los vencidos
Usó del crudo filo riguroso,
Sino del mas snave y mas templado
El noble corazon de don Hurtado.

Demás de que, saliendo del tridente,
Entraba recogiendo los pastores
Aquella que confunde los colores
Y al trabajar enfrena la corriente;
Mostró con ella el prado mustia frente,
Quedando como languidas las flores,
Y era que into el orbe se ponía
Por denotar las muertes deste día.

Los nuestros de la noche convidados,
Y del trabajo duro constringidos,
Privando del sentir á los sentidos,
Suspenden, sin descuido, sus cuidados;
En tanto pues que duermen los cansados,
No es bien que yo despierte los dormidos,
Que desto servirán mis cantos muertos,
Y no de que se duerman los despiertos.

No teme verse Dios necesitado
Para que no castigue en su hacienda,
Aunque cual justo padre en la contienda
Castigue mas al hijo que al criado;
Mas cuando vive el tal desenfrenado,
Y el hijo sujetándose á la rienda,
No quiere Dios ni debe hacer tal yerro
Que quite al hijo el pan por dallo al perro.

Mil pruebas tiene desto lo profano,
Y en el volumen sacro las tenemos,
Mas ¿para qué tan léjos las queremos,
Teniéndolas aquí tan á la mano?
Mientras sulcó el ejército cristiano
En Chile el mar del vicio á vela y remos,
Jamás gozó de prospera fortuna,
Porque sin Dios mal puede haber alguna.

CANTO XII.

Hace Galvarino una inyección, reprehendiendo á los indios amigos, que le traen preso para ser justiciado. Mándole cortar las manos, donde muestra el indio su crecido esfuerzo y obstinado corazon, instando en que le den muerte; mas envíanle vivo por ejemplo á su tierra. Cuéntase lo que á Tucapel y Gualava sucedió en el bosque, prosiguiendo su extraña y maravillosa aventura. Parece Talgueno vivo ante ellos, habiendo sido ya llorado por muerto; promete contar las grandes cosas que le han pasado. Dase en la moralidad y principio del canto la razon de ser los indios antes del nuevo Gobernador siempre vencedores, y despues en su gobierno vencidos.

Es el inmenso Apó (58) tan justiciero,
Que no hay dejar amigo ni enemigo,
Aquel sin premio ni este sin castigo,
Cumplido el plazo y término postrero;
A todos lleva Dios por un rasero,
Al grande, al chico, al próspero, al mendigo,
Que todos han de ser en esto iguales
Asi como lo son en ser mortales.

¡Oh cuánto sufre, pasa y disimula,
Haciéndose del sordo, ciego y mudo!
No para que sospeche el hombre rudo,
Que su poder sin limite se anula,
Mas porque se aproveche desta bula,
Y no lo espere hacer al punto crudo,
Porque es como el pastor con su ganado
Que sabe usar del silbo y del cayado.

Procure pues el hombre estar alerta,
Y mire que si el tiempo gasta en vano,
Cuando se juzgue en medio del verano,
Dará el invierno golpes á su puerta;
Y aunque este llegue tarde, es cosa cierta
Haber de parecerle que es temprano,
Porque jamás lo espera ni previene
Y hasta que está sobre él no ve si viene.

Al paso que dilata Dios la pena,
Su culpa el hombre ingrato multiplica,
Con que su causa el uno justifica,
Y el otro por la suya se condena;
Pues aunque la divina mano llena
No es menos franca y pródiga que rica,
No hay cosa tan menuda ni olvidada
Que no la tenga vista y apuntada.

¿Quién como nuestro Dios en lo criado
Que allá sobre los ángeles reside,
Y á nuestras causas minimas preside
Como si no tuviera mas cuidado?
El es quien al sayal como al brocado
Siempre con una propia vara mide,
Sin aceptar linaje de persona
Desde el cayado al ceiro y la corona.

Bien es verdad que léjos de intereses,
Castiga Dios con mano mas pesada
La conocida res de su manada
Que las que no conoce por sus reses;
Mas como todos son sus feligreses,
Y viven por el tiempo que le agrada,
A todos por su bucco y por su malo
Hace probar al fin del pan y el palo.

No teme verse Dios necesitado
Para que no castigue en su hacienda,
Aunque cual justo padre en la contienda
Castigue mas al hijo que al criado;
Mas cuando vive el tal desenfrenado,
Y el hijo sujetándose á la rienda,
No quiere Dios ni debe hacer tal yerro
Que quite al hijo el pan por dallo al perro.

Mil pruebas tiene desto lo profano,
Y en el volumen sacro las tenemos,
Mas ¿para qué tan léjos las queremos,
Teniéndolas aquí tan á la mano?
Mientras sulcó el ejército cristiano
En Chile el mar del vicio á vela y remos,
Jamás gozó de prospera fortuna,
Porque sin Dios mal puede haber alguna.

Mas cuando ya, mudándoles la guia
Con el piloto diestro mendocino,
Dejaron su derrota y mal camino,
Tomando nuevo rumbo y otra via;
Pasóseles la noche y vino el día,
Soplóles el espíritu divino,
Ganando al enemigo el barlovento,
Como parece claro por mi cuento.

Dos veces los derriban de sus cumbres,
No porque agora fuesen menos fuertes,
Mas porque van trocándose las suertes
Al paso que se truecan las costumbres (59);
Que aquel por nombre el Padre de las lumbres,
De vidas es autor, que no de muertes,
Y así no mata Dios, mas bien mirado
A cada cual le mata su pecado.

Bien se pensaba ser un hijo polo
Araco en sus vitorias y blasones,
O por tener tan bravos escuadrones
Tener á su mandar la luz de Apolo;
Y el crudo Galvarino por ser solo,
Bien se creyó pasar entre renglones,
No viendo, por estar de lumbre falto,
Que nada se le pasa á Dios por alto.

Patente está el engaño del primero,
Pues ya en las dos batallas que ha tenido
De siempre vencedor se ve vencido,
Y es porque va el Garzon por otro apuro (40);
Y para que sepais el del postrero,
Como llevó tambien su merecido,
Oid, Señor, un tanto si os agrada,
Y entonaréis mi voz desentonada.

Ya debe estar alguno descontento
De ver lo que le tardado en este punto,
Mas no lo dice el hombre todo junto,
Por no tener angélico talento;
Ultra de que es el blanco de mi intento,
Que entre estos cantos suene un contrapunto
De cosas del espíritu morales
Para que tengan música los tales.

Si guiendo pues el hilo de la historia,
En lo que vino á ser de Galvarino,
Despues que por su misero destino,
Cantaron los hespéricos vitoria;
Asi como á Titán le fué notoria,
Apresuró por verla su camino,
Y por tomar á Tétis residencia,
Que gobernaba el mundo por su ausencia.

No bien al trono claro del Oriente
A presidir el délico subia,
Y de miralle el prado se reia
Limpiándose las rugas de su frente;
Cuando un crecido número de gente
Acompañando al bárbaro venia,
Asi porque pudiesen con el preso
Como por ver el fin de tal suceso.

En medio viene el Indio maniatado,
Sirviendo á los demás de mofa y juego
Y echando por los ojos vivo fuego
Su rostro ferocísimo y airado;
El cual, de golpes cárdeno, y manchado
De polvo, sangre, y mas de enojo ciego,
La tierra turba y fiero en torno mira
Y al techo celestial envuelto en ira.

Vestido de una rota camiseta,
Que deja el muslo casi descubierta,
Con arrogante paso y cuerpo yerto
Camina al ronco son de una corneta;
Grita le da la cáfila indiscreta,
Y todos gran lanzada á moro muerto,
Mas él encara en ellos de tal modo,
Que con mirar se paga bien de todo.

Estira por quebrar el atadura,
Que como esta fortísima y revuelta,
No solo no la rompe ni la suelta,
Mas antes aprándola se apura;
Y lleno de infernal desenvoltura,
Al menos con la lengua que está suelta,
Los hiere, los baldona, los agravia,
Diciéndoles asi deshecho en rabia:

(41) «¿Pensais que por llevarme desta suerte
Ya me teneis vencido, vil canalla,
O que forzado voy á la batalla
Y riguroso trance de la muerte?
Pues entended que el golpe menos fuerte
Y mas á mi contento es el pasalla;
Por mas pesado tengo y mas esquivo
Quedarme de vosotros hombre vivo.

» Mas aunque no lo puede hacer mi diestra,
No dejo de morir con alegría,
Muriedo por la dulce patria mia,
Que es una misma cosa con la vuestra;
Y no es mi voluntad llamarla nuestra,
Por no contarme en vuestra compañía,
Ni conceder, oh Chile, que te llames
Engendrador de hijos tan infames,

» De qué nación tan bárbara se sabe
Que ofenda su linaje y propia tierra,
Por excusar el peso de la guerra,
Juzgando que el servir es menos grave?
Traidores, en vosotros solo cabe
Y en esos pechos pérfidos se encierra,
Segun lo que tenemos hoy delante,
Atrocidad y crimen semejante.

» Por no sufrir el peso de la lanza,
Un peso para el hombre tan pequeño,
Sufrir cargar la leña y aun el leño,
Que suele ser la parte que os alcanza;
Ponedme cada peso en su balanza.
Veréis, si ya no estais en torpe sueño,
Que al cielo va de leve la primera,
Y al suelo de pesada la postrera.

» ¿Que déis la libertad, indignos della,
Por ser contra nosotros, en batalla?
¿Qué mas pudiera hacerse por buscalla
De aquello que habeis hecho por perdella?
Asi que asi no veis que sin tenella
Andais con el acero y con la malla,
Sin excusar trabajo de algun modo,
Sino que le teneis doblado en todo.

» Pues si pasais la misma pesadumbre
Tan libres como siervos, gente dura,
¿No fuera mas honor y mas cordura
Pasalla en libertad que en servidumbre?
No veis que un libre tiene dulcedumbre
Para poder templar el amargura
Del áspero trabajo mas acerbo,
Lo cual es imposible siendo siervo.

» La natural premática, no manda
Que por la cara patria los mortales
Padezcan todo género de males,
Aunque hayan de morir en la demanda?
Mirad que cometeis maldad nefanda,
Pues va contra las leyes naturales,
Y que es mostruosidad tan gran flaqueza,
Pues quita lo que da naturaleza.

» Paréceos que es mas licita la guerra
Contra el pariente propio y el amigo
Que con extraño y áspero enemigo,
Tirano usurpador de vuestra tierra?
Y si temor el ánimo os atierra
Para seguir la causa que yo sigo,
Temed morir mil veces con deshonra,
Y no una vez que muero yo con honra.

» Yo muero, casta vil, porque defendo
La tierra que pisais y os ha engendrado;
Vosotros por haber degenerado,
Pensando que vivis, estais muriendo;
Envidia me teneis á lo que entiendo,
Yo lástima y pesar de vuestro estado,
Y de que deo carnes como aquestas
En suelo que tal gente sufre á cuestras.

Su justa increpacion dejó con esto,
Y todos los amigos que escuchaban
Turbados y perplejos se miraban
Tan solamente hablando por el gesto;
Con que cesó el escarnio descompuesto,
Y la confusa grita que le daban,
Quedando á su decir enmudecidos,
Y del vencido bárbaro vencidos.